

# "CHULI"

¡Ven, Chuli, perro amigo; acércate a mi lado!... Puesto que es cosa decidida que te asomes a estas páginas, colócate bien, así, para que todos aquellos que te admiran, porque saben calibrar tus virtudes, al verte ahora sientan una grande alegría, y para los que, desconociéndote o pecando de juicio ligero al considerarte cosa vulgar, rectifiquen tamaño despropósito y puedan, desde hoy, saludarte con una sonrisa al verte pasar...

Yo sé—y te pido anticipado perdón por ello—que al hablar de ti, de tus cosas y de tus prodigios, voy a herir en lo hondo de tu acrisolada modestia; pero tiempo es ya, mi buen Chuli, de que arrojes por la borda semejante complejo de inferioridad, y sepas, de una vez, que no hay mayor motivo para ello. En último extremo, gozas de unas mejillas lo suficientemente peludas para que no trascienda a ellas ninguna clase de rubor.

Cada día aumenta el número de tus amigos y por eso vienes a estas páginas, a esta ventana que se abre una sola vez al año, y a la que se asoman todas las grandes y pequeñas cosas que han pasado en el pueblo. Unos amigos—los únicos amigos—somos los que fuimos ganados desde el primer momento por tu alegría, por tu corazón apasionado y por tu jovial sumisión; y otros, bien distintos, Chuli, los que no saben hacer otra cosa que asombrarse ante ti y exaltar trivialmente tus portentos, echándote sobre el húmedo hocico, sobre tus agudísimos ojos, el insulto inconsciente de compararte con un perro de circo. Con nosotros, Chuli, estás a salvo; pero, con estos últimos...; a éstos perdónalos, porque no saben lo que ven ni son responsables de lo que dicen. ¡Tú, perro de circo!... Perdónalos, perdónalos. ¡Cuánta mirada inquieta, cuánto ladrido de rebeldía contenido, Chuli, en esos hermanos desgraciados que evolucionan sobre la alfombra de la pista! Y, ¿en el trasfondo, allá, al otro lado de las lonas?... ¡Cómo restalla el látigo; qué privaciones; cuánta miseria y esclavitud, y qué dureza de corazón la del domador! ¡Y total, por unos aplausos!...

Pero tú, no, Chuli. Esas cosas tuyas, inusitadas en un perro, que tanto pasmo lleva a quien las contempla, esas las haces tú porque sí, porque te salen de dentro en arranque espontáneo, en gracia a tus amigos del alma, a esos que visitas a diario en busca de un rato de compañía, de un consejo, o en demanda de ayuda y apoyo en un momento de angustia, de aguda perplejidad. Y esto, mi querido Chuli, sí que no es circo, ¿verdad?

Pero vayamos al grano. ¿Quién eres tú? ¿De dónde has venido?... Conserva como oro en paño, Chuli, este misterio insobornable que te rodea, porque la gente es así, siempre dispuesta a levantar un pedestal de la mayor fama a todo aquello que se escurre por los entresijos de lo misterioso. Y no me hagas el flaco



servicio de crearme capaz, a mí, de intentar romper ese tupido e inconsútil velo que envuelve a tu propia cédula personal. Nada más alejado de mi intención.

Vives sin amo, sin casa, sin oficio ni beneficio y, por ende, sin bozal y sin collar. ¡Qué grande debió de ser aquel día fausto en el que, de una vez y para siempre, supiste ganar la ansiada libertad!... Desde entonces te conocemos acá, campechano, juguetón y parlero; devoto inatacable de ciertos gustos y preferencias y, sobre todo, rendido cultivador de tu más ancha, típica y clara faceta: la buena y desprendida amistad, ¿verdad que sí? Sobre todo, la de ese tu amigo de las gafas veladas, *axelmunthiano* por tantos conceptos, que tanto te quiere y que tan hondo ha sabido calar en tu corazón. ¡Cómo gozas tú marchando a su lado!... Tú no sabes hablar con palabras, naturalmente, y al no saberlo, tampoco sabes fingir ni involucrar, de aquí el que sea tan fácil, a poca perspicacia que se posea, el leer e interpretar tus diáfanos pensamientos. ¡Qué bien os entendéis los dos! Es una delicia verte con él a las horas de comer y de cenar, en ese popular restaurante de la calle Viteri; los dos apoyados sobre el albo mantel; tú, subido a una silla y con la servilleta hecha lazada por detrás del peludo cuello. El, como amigo de verdad, comparte contigo su yantar y tú comes a ritmo pausado, plácida y deliciosamente, sin sacar nada fuera del plato, todo esmero y pulcritud. En los descansos, tu amigo te habla de todo, de las cosas del día, y tú le contestas con calor, con esos sonidos guturales que tan estupendamente sabes hacer resbalar por la garganta. ¿Cuántos asiduos comensales se han quedado de un aire al verte de esa guisa y con tanta seriedad?

Recuerdo aquel día en que tu amigo cayó enfermo. Fuiste casi el primero en subir las escaleras de su casa. Entraste sin llamar, temeroso, inquieto y trémulo. Te acercaste a él calladamente y olfateaste interesadamente por toda la habitación. Así te vi yo. Y vi también cómo ante su caricia agradecida por fuera del

embozo, tus ojos se alegraban, esos ojos húmedos, un poco velados por la neblina azulenta que os dan los años de continuo trotar. Emitiste un semiladrido de alegría y tu amigo y yo sonreímos sin que nos vieras...

Otro día, de muy crudo invierno, con un helado y atomizado "sirimiri" en el exterior, alguien se quejaba en una mesa cercana del restaurante que os da cobijo de la poca educación de aquellos que, al entrar en la pieza, se dejaban la puerta abierta con un palmo de rendija. Efectivamente, era pesada tarea el levantarse de continuo para cerrar. Hubo primero un comentario, luego una discusión y, como siempre, una apuesta al final. Tú parecías indiferente a todo. Y cuando tu amigo, el de las gafas oscuras, afirmó rotundamente que tu educación era muy superior a la de aquellos asiduos al bar que se dejaban la puerta abierta, el humo apelmazado de los cigarrillos hubo de hacerse a un lado para dar completa cabida a la expectación que llenó el exiguo recinto. El se levantó y cerró la puerta. Todas las miradas se centraron en el picaporte; el silencio era absoluto. Tú te pasabas la lengua por el bigote, intentando captar las últimas reminiscencias de la acabada pitanza y, de pronto, alguien entró. Hubo un saludo del recién llegado, que quedó sin réplica, y todos los ojos se volvieron a ti. Entonces tú, lenta y despaciosamente, te apeaste de la silla y, con paso tranquilo, recreándote en el lance, te fuiste derecho a la puerta y ¡¡zás!!, con las dos manos sobre ella, la cerraste de un solo golpe, que hizo retemblar el tabique... ¡Qué "aaah" de admiración se apoderó del comedor! ¡Y qué lección de buena crianza diste a tanto concurrente despreocupado!...

Cada vez se conocen mejor por el pueblo tus actuaciones, tus rebotados y hasta tus discursos, y por ello, cada día que pasa se agrega un nuevo trozo de mármol al obelisco de tu propia fama. Pero, a pesar de ciertas cosas y de tu atuendo exterior, un tanto bohemio y ultramontano, eres un perro ordenado y serio, que ha llegado a distribuir sabiamente todas las horas del día.

En la calle Sanchoenea posees buenas amistades; allí duermes por las mañanas en una casa en la que hay una mullida arpillera para ti; allá es donde te fabricas tus mejores sueños y, por no privarte de nada, hasta has conseguido que unas manos femeninas te acaricien el lomo antes de salir. En la misma calle, unos portales más adelante, donde es de tu gusto montar guardia, te dan de merendar; y por las noches, sin que nadie te lo haya pedido ni se sepa el por qué acompañas horas y horas a los serenos que andan de ronda.

Eres, Chuli, un perro jovial y honrado, parco en el ladrido y nada rocerero, porque ¿quién te ha visto a ti metido en una juerga de esas baratas, una juerga perruna que va llenando calles y plazas de horrisono guirigay? Nadie, Chuli; absolutamente nadie. Caminas siempre derecho, sin darte al zigzaguo ni a la rebusca obcecada y cominera en baldes de basura, ni a la exploración de esquinas misteriosas, que os obligan a olfatear, aleteantes, y os dejan luego a tres patas. Tu eclecticismo no sufre quiebras ni naufragios.

Pero, oye, Chuli: ¿dónde pasas esas horas de las que nadie sabe dar razón, porque nadie te ve ni supone donde puedes estar?... Acaso tenga yo la clave de este secreto: que tú eres un poco romántico y que te gusta la poesía. He visto muchas veces algo en tu mirada que me obliga a pensar así. Y no es solamente esa neblina que da vaguedad a tus pupilas. A ti tus ojos no te pueden engañar; ni a ti ni a los que te conocemos, porque hay algo que los refuerza, dándoles enorme expresión. Toda tu consciencia, todas tus emociones y todo tu palpito, se concentran en ellos, porque tú no posees más que un ridículo vestigio de rabo. No sé si por fenómeno congénito o por alevosa amputación, te encuentras privado de él, y, por esto, nunca más acertado que repetir aquello de que "los ojos son el espejo del alma". Te falta, Chuli, ese apéndice maravilloso, inquieto y vivaz que, unido al corazón por invisible cordel, se convierte a cada sístole en la veleta de todas vuestras emociones. Y yo he visto varias veces en tu mirada algo que acaso sea la clave de esa sospechosa evasión...

Tengo casi la evidencia de que cuando el tiempo es propicio, subes al trote la calle de Arriba y rebasas de largo el Convento de las Agustinas, para perderte por los senderos que te llevan al alcor. En esta loma hay un pino solitario, y sobre su sombra, Chuli, es donde tú te vuelcas, laxo e indolente, a gozar del cielo y, sobre todo, de esas esponjosas nubes blancas, como volutas de *chantlyly*, que van bogando por el mar del aire a toda vela y en dulces empopadas. Esto, Chuli romántico, ¿qué puede ser en ti sino poesía?

La sospecha me vino cierta noche, en la que, al verte, me colmaste de felicidad.

Andaba yo por aquella hora muy cerca de la Fandería, cuando vi cómo una luna enorme subía con lentitud por encima de las Peñas de Aya. Me detuve a contemplar su ascensión porque el espectáculo era maravilloso. En la noche clara, aquella luna parecía un fantástico disco de oro, un "gong" gigantesco. Y cuando di en pensar en la vibración espantosa que sacudiría al mundo si una maza apropiada se abatiera sobre aquel metal imponente colgado del cielo, te vi a ti, Chuli, al borde del camino y asomado a un gran charco que la lluvia del día anterior había posado en el suelo. Fui a llamarte, pero me contuve. ¿Qué hacías allí, mirando primero al charco y al cielo después?... Me acerqué, quedo, sin que tu percibieras mis pasos. ¡Qué abstracción la tuya; qué fulgor en tu mirada! Entonces lo comprendí todo. Al cabo de un rato miraste a la luna y sonreíste con beatitud. Y sin sed, porque no la tenías, pero con una delectación que era puro éxtasis, te diste una hartura de poesía, porque fuiste bebiendo, una a una, todas las estrellas...

Me acordé de Platero, el inconmensurable borriquillo del poeta moguerense Juan Ramón Jiménez, y me vine a casa sin decirte nada, dejándote a solas con tu felicidad, y trayéndome yo la mía a cuestas.

Ya te había visto para entonces, mi buen Chuli, algo raro en tus húmedos ojos...